

## LA BATALLA DE LAS NAVAS.



Al comenzar el año 1212 un formidable ejército musulmán, acudido por el emperador ó Miramamolín de Marruecos Mahomad III, llamado el Verde, había llegado de Africa y amenazaba á la cristiandad. El Papa anunció una cruzada para combatirle. Llegaron á la Península con este objeto italianos, alemanes y franceses en número de cien mil de á pié y diez mil de á caballo, contándose entre los franceses los obispos de Burdeos y Nantes, el vizconde de Turenna y los condes de la Marche y la Ferté. El mando de este ejército se dió al valeroso señor de Bizcaya D. Diego Lopez de Haro.

En Toledo se juntaron los reyes D. Alonso de Castilla, D. Pedro de Aragon y D. Sancho el Fuerte de Navarra. Los extranjeros comenzaron allí á cometer grandes excesos, particularmente en perjuicio de los judíos. D. Diego aconsejó á D. Alonso que se levantase el campo para impedir estos excesos, y así se hizo. A la cabeza del ejército marchaba D. Diego, primero con sus bascongados y luego con sus ciento diez mil extranjeros. Los reyes iban detrás.

D. Diego tomó por asalto á Malagon, y enseguida el ejército se dirigió á Calatrava, cuya fortaleza consideraban los musulmanes inexpugnable. Calatrava fué asaltada y sus defensores se refugiaron en el castillo, desde donde pidieron capitulación. Los cruzados extranjeros se oponían á esta, porque querían por completo la sangre y los despojos de los infieles. Sin embargo, los reyes creyeron prudente capitular, concediendo la salida libre á los musulmanes. Al salir estos de la fortaleza, los extranjeros los querían degollar, pero D. Diego con sus bizcainos se encargó de protegerlos, y así lo hizo, pasando con los rendidos por medio del ejército extranjero amotinado, hasta que los puso completamente á salvo,

Disgustados los extranjeros viendo defraudadas sus esperanzas de pillaje en aquella guerra, pretextaron que no podían resistirlos calores de España y se retiraron en su mayor parte.

Alarcos y otras plazas fuertes fueron tomadas enseguida por el ejército cristiano. Mahomad el Verde acudió al encuentro de los tres reyes cristianos y se apoderó de las vertientes de Sierra-Morena, donde escalonó su gran ejército.

El cristiano sentó sus reales en las cercanías de Salvatierra. Señalóse el 12 de Julio para atravesar el Muradal, que era un peñascal situado al pié de la sierra. D. Diego Lopez de Haro, con sus bravos bascongados, continuaba en la vanguardia del ejército, y envió á su hijo D. Lope Diaz á la cabeza de un cuerpo de tropas escogidas para explorar aquel difícil paso. Muchedumbre de infieles salieron al encuentro de los bizcainos, pero éstos, combatiendo como leones, los hicieron retroceder y ganaron la cumbre del peñascal.

Grandes dificultades ofrecían las gargantas y desfiladeros que era necesario atravesar para ascender á una ancha y elevada planicie que dominaba el real de Mahomad el Verde. Un pastor se presentó á don Alfonso, ofreciéndose á guiar al ejército cristiano á aquel sitio por sendas solo de él conocidas. Aceptóse este ofrecimiento creyéndole un auxilio de la Providencia, y D. Diego, con su valerosos y ágiles montañeses, siguió al pastor. Con gran asombro de los musulmanes, el ejército cristiano apareció en la eminencia sin ser visto de los enemigos.

El ejército musulman contaba ochenta mil de á caballo, y la infantería era innumerable.

En el ejército cristiano iban el arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jimenez de Rada y los obispos Arnaldo, de Narbona; Tello, de Palencia; Rodrigo, de Sigüenza; Melendo, de Osma; Pedro, de Avila; García, de Tarazona, y Beranger, de Barcelona que exhortaban sin cesar á los soldados á pelear por Dios y por la patria.

Llegó el dia de la batalla. A esta precedió la Misa que celebró el arzobispo de Toledo en medio del campamento. El arzobispo bendijo al ejército, y este se prosternó al ver su mano extendida para trazar en el espacio la señal de la cruz.

El mismo venerable prelado, que fué tambien sábio historiador, nos dice como fué dispuesto el ejército para la batalla. D. Alonso formó tres líneas de combate, reservando para sí el mando de la cen-

tral. La primera, que debía servir de vanguardia, se componía de los bizcainos, mandados por su valeroso señor D. Diego, á quien acompañaban su hijo D. Lope y sus parientes D. Sancho Fernandez y D. Martín Muñoz. La segunda línea estaba á las órdenes del conde don Gonzalo Nuñez, que tenía en sus filas á los templarios, mandados por su gran Maestre D. Gome Ramirez, á los Hospitalarios de San Juan de Jerusalem con su gran Prior D. Gutierre Ermegildez; á los caballeros de Calatrava con su gran Maestre D. Rodrigo Diaz de los Camerosy á los caballeros de Santiago, cuyo comendador era D. Pedro Arias. El flanco de esta línea estaba capitaneado por D. Rodrigo Diaz, su hermano D. Alvaro, don Juan Gonzalez y otros nobles.

En la tercera línea ó retaguardia, estaba el rey de Castilla, que tenía á su lado al arzobispo de Toledo D. Rodrigo y todos los prelados del reino, á D. Gonzalo Ruiz de Giron, á D. Rodrigo Perez de Villalobos, á D. Suero Tellez, á D. Fernan García y otra muchedumbre de caballeros. El estandarte real lo llevaba D. Alvaro Nuñez, y al lado de este estandarte flotaban los pendones de las ciudades y villas castellanas.

El rey de Aragon mandaba el ala derecha con sus aragoneses y catalanes. En la vanguardia brillaba el bravo D. García Romeo. La segunda línea estaba regida por D. Jimeno Cornel y D. Aznar Pardo. El rey D. Pedro ocupaba la retaguardia ó reserva, rodeado de sus ricos-hombres y prelados, y alzaba el estandarte real D. Ponce de Heril.

D. Sancho de Navarra acaudillaba el ala derecha, rodeado asimismo de los ricos-hombres de sus merindades, y le seguían el arzobispo de Narbona y Tibault Blacon con los únicos cruzados extranjeros que no se habían retirado. El estandarte de Navarra le llevaba don Gonzalo de Agoncillo.

La tienda de Mahomad el Verde, llamado así á causa de las esmeraldas que adornaban su turbante, estaba rodeada de fuertes cadenas de hierro. Sobre ella flotaba el estandarte rojo de Mahoma, y en su torno se agolpaba la numerosa guardia negra. Desde aquella tienda, al parecer inexpugnable y colocada en el sitio más elevado del campamento, debía Mahomad presenciar la batalla muellemente sentado en cojines de seda y oro.

Dióse por ambas partes la señal del combate, y un inmenso clamor partió del campo infiel que atronó los espacios. El campo cristia-

no permaneció en silencio, pero más de cien mil espadas y lanzas levantadas en alto como para ofrecerlas al cielo, brillaron heridas por los rayos del sol.

El ¡*Aurrerá!* euskaro, resonando como un trueno estridente, puso término á aquel silencio, y D. Diego Lopez de Haro se lanzó con sus bascongados, siguiendo análogo movimiento el centro y las alas del ejército cristiano.

Un profundo torrente cortaba la llanura y corría paralelo al frente de batalla. Los árabes habían llenado de tropas su fondo, y escaramuceaba su caballería al lado opuesto del ejército cristiano. D. Diego llegó al borde del torrente y contempló un instante la muchedumbre infiel que la ocupaba, pero alzando su lanza, se precipitó adelante en medio de los gritos de belicoso entusiasmo de sus montañeses. La lucha que allí se trabó fué horrible, pero dió tiempo á que llegasen fuerzas que precedían á los bascongados. Entre estas fuerzas estaban las del concejo de Madrid, en cuyo pendon se ostentaba un oso subiendo á un madroño. En una de las reacciones de los musulmanes, el pendon de Madrid retrocedió, seguido de muchos soldados del mismo concejo que huían espantados y desbaratados. Creyóse que aquel pendon era el de Bizcaya por la semejanza que entre ambos había (pues entonces el de Bizcaya solo tenía un lobo al pié de un árbol) y el desaliento comenzó á cundir en el ejército cristiano con la nueva de que los bravos montañeses de D. Diego retrocedían acobardados.

Esta falsa nueva no tardó en desmentirse, y cuando el grueso de las fuerzas castellanas se acercaba al torrente, los bascongados arrojaban á la llanura opuesta á los musulmanes que no quedaban muertos en el precipicio.

El mismo rey D. Alonso había llegado á vacilar: «¡Arzobispo, dijo á D. Rodrigo de Rada, ambos moriremos hoy aquí!» «Señor, le contestó el prelado, por qué habláis de morir cuando solo se trata de vencer?»

El rey, reanimado por estas palabras del sábio y valeroso prelado nabarro, (era natural de Puente la Reina), quiso ponerse á la cabeza de sus combatientes, pero los prelados y caballeros no se lo permitieron.

La batalla se generalizó, tomando parte en ella las alas de derecha é izquierda del ejército mientras el cuerpo central avanzaba, haciendo

prodigios de valor, y siempre siguiendo en la vanguardia D. Diego con sus fieros bascongados.

Los nabarros, con el rey D. Sancho á su cabeza, desbarataban y destruían las inmensas masas de sarracenos que afluían hácia el ala derecha, y los aragoneses y catalanes embestían con el mismo ardor por la izquierda.

Mahomed el Verde lanzó un nuevo ejército contra los cristianos. La carnicería fué horrible, pero los cristianos avanzaron hácia la tienda del soberbio Miramamolín que, de pié en su rico pabellón, recibía versículos del Korán para animar á sus guerreros.

D. Sancho el Fuerte, con sus bravos nabarros fué el primero que llegó al círculo de cadenas, las quebrantó con ímpetu formidable y, despedazando á cuantos se oponían á su paso, se lanzó á la tienda de Mahomad; pero este huía ya á lo lejos despavorido con algunos de sus caballeros.

Todo estaba concluido. La noche llegaba, y más de cien mil musulmanes y veinticinco mil cristianos yacían muertos en aquellas llanuras y quebradas. Algunos historiadores, incluso el arzobispo D. Rodrigo, dicen que de los cristianos solo murieron veinticinco, pero esto indudablemente es error de copia de los códices.

El botín recogido por el ejército vencedor era inmenso: solo el número de camellos abandonados por el Miramamolín pasaba de tres mil, y el tesoro del ejército infiel, también por este abandonado, era riquísimo.

El arzobispo de Toledo entonó el *Te-Deum* en aquel campo de desolación y gloria, y el ejército pasó la noche descansando sobre sangre y cadáveres.

El rey de Castilla designó al valeroso señor de Bizcaya para la distribución del botín. A todos adjudicó D. Diego espléndida parte.—Y para vos ¿qué guardais? le preguntó el rey D. Alonso, viendo con admiración que para sí propio nada reservaba.—Señor, le contestó el noble y bravo caballero, para mí guardo la parte de honra que me corresponde en esta gloriosa empresa!

ANTONIO DE TRUEBA.

